

**CUADERNOS IGNACIANOS No. 6**



AUSJAL  
Universidad Católica Andrés Bello  
Caracas, 2005

## ÍNDICE

Presentación	
<i>Javier Duplá s.j.</i> .....	5
Pasado y presente (tomado de Jesuitas de Venezuela)	
<i>Luis Ugalde s.j.</i> .....	13
Los Jesuitas: Orígenes, logros y estrategia	
<i>Guillermo Beaumont s.j.</i> .....	25
La compañía de Jesús en Venezuela. Hitos Históricos	
<i>Oscar Buroz s.j.</i> .....	75

## **PRESENTACIÓN**

*Javier Duplá s.j.*

El número de jesuitas en el mundo va en disminución constante desde hace más de 30 años. Después de haber alcanzado un máximo de 36.000 en 1970, su número actual apenas alcanza los 20.000 y el promedio de disminución anual de los últimos años ronda en torno a los 300. En Venezuela el número de jesuitas ha pasado de un máximo de 260 a comienzos de los años 70 a 190 en la actualidad. La disminución en el número de efectivos afecta a casi todos los países, a excepción de la India, donde el número de jesuitas sigue creciendo, aunque más moderadamente que hace algunos años. Es además notable el envejecimiento colectivo. El promedio de edad de los jesuitas en Venezuela está por encima de los 60 años y va subiendo de año en año.

Sabemos que estos fenómenos no son una realidad aislada. Otras congregaciones religiosas, tanto femeninas como masculinas, están experimentando algo parecido. Por otra parte, la asistencia a las misas dominicales y en general la recepción de los sacramentos se han reducido drásticamente entre las generaciones de menos edad. La educación de la fe de los jóvenes experimenta dificultades crecientes en un medio indiferente y algunas veces hostil. Estas y otras realidades parecidas desencadenan una serie de preguntas con sus correspondientes hipótesis explicativas: ¿Es una consecuencia de la disminución del vigor religioso en los países dominados por la cultura así llamada occidental? ¿Es ésta una realidad sin vuelta atrás, una consecuencia inevitable del racionalismo moderno, que viene incrementándose desde hace cinco siglos, o más bien del espíritu postmoderno, que menosprecia lo racional

y se refugia en lo individual, en lo afectivo y provisional, sin importarle lo contradictorio? ¿Es que la Iglesia católica no sabe adaptar su mensaje a los tiempos actuales, no sabe hablar el lenguaje de la juventud, no presenta estilos de vida suficientemente atractivos? ¿Ha llegado la hora de que los laicos asuman un papel más definitorio en la orientación y dirección de las obras apostólicas? ¿Qué nos quiere decir Dios a través de estos inquietantes signos de los tiempos?

Tenemos que ser conscientes de que la humanidad, al menos en Occidente, está atravesando una época de desorientación vital. Pone el acento, el interés, la preocupación, el esfuerzo sobre realidades que podríamos considerar irrelevantes, anecdóticas, totalmente pasajeras, que son inmediatamente sustituidas por otras igualmente irrelevantes. Nos referimos a la importancia que dan los medios de comunicación social y con ellos la cultura actual a los desfiles de modas, a los récords deportivos, a las figuras de la farándula, al cuidado corporal, a los objetos de consumo como el carro, al refinamiento en las viviendas de lujo y a los placeres gastronómicos. Es la civilización del consumo y del espectáculo. Estamos en pleno modelo de vida consumista a ultranza, hedonista, irreflexivo, irresponsable con el futuro, fuertemente adolescente. Es además bien conocido que el icono y símbolo de la actual civilización es el mercado, basado en la producción de “bienes” necesarios para la vida, pero con frecuencia superfluos o antihumanos (armas, droga). A mejorar el mercado se subordina el esfuerzo creativo de muchos de los grandes talentos actuales. El mercado está por encima de las decisiones y alianzas políticas, es el dios supremo, ante el que todos se rinden.

Las ideologías clásicas y las religiones se sienten incómodas con este modelo. Lo condenan y no saben qué hacer con él, y son respondidas con la ignorancia, la indiferencia y el desprecio, rara vez el enfrentamiento. No se trata tan sólo de las propuestas religiosas, sino también de los modelos políticos, que han perdido totalmente su valor de propuesta y disfrazan, tras declaraciones pomposas y generales, la apetencia por el poder crudo y duro. Tanto al capitalismo y sus expresiones más o menos atenuadas, como a los socialismos de todo género, con sus variantes tropicales o asiáticas, no les interesan

realmente las motivaciones de transformación social, de construcción de una sociedad equilibrada, humana, libre y democrática, sino el mantenimiento de los privilegios de que gozan en sus respectivos ámbitos de dominio. Todo el mundo sabe esto, incluso los teóricos de las respectivas toldas, a los que cada vez se recurre menos a la hora de justificar las decisiones de gobierno. Se echa, pues, en falta una tercera vía entre el capitalismo y el socialismo, que resuma lo mejor de ambos, y que proponga lo necesario para vivir con perspectivas de paz y de futuro equilibrado y respetuoso con la Tierra y sus recursos limitados: una sociedad justa e igualitaria, y un ámbito de libertad controlada y responsabilidad comunitaria y global.

En cambio, el modelo de vida consumista a ultranza en el que vivimos hace años en Occidente, y al que se están asociando rápidamente China y otros países de Oriente, no sabe qué hacer ni qué decir ante las realidades “fuertes”: la enfermedad, la muerte, la violencia, el hambre, las catástrofes naturales, el mal en sus múltiples manifestaciones. O, en un sentido contrario y positivo, ante el heroísmo desinteresado, la gratuidad, el amor desprendido, el reconocimiento y adoración de la trascendencia, el valor de la vida por encima de todo. No sabe qué hacer con esas realidades y por eso las desconoce, trata de no verlas ni de pensar en ellas.

Las personas que tenemos fe religiosa (y las que no la tienen) no hemos elegido esta época ni este modelo de civilización. Tal vez nos gustaría vivir en otro, pero no hay escape posible. Tenemos que enfrentar el reto que nos lanza este modelo vital tan vacío, tenemos que encontrar una manera de hablar y de vivir, que lleve a dialogar voluntariamente y a trabajar en solidaridad a quienes hoy dejan indiferentes tales propuestas. Las autoridades eclesásticas tienen que convencerse de que testimoniar la fe es un asunto de todos, religiosos y laicos, hombres y mujeres, en la vida diaria y desde la cátedra. “Creo que es necesario que todos los cristianos demos razones de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad, con independencia de la función que ocupemos dentro de la comunidad. Estas razones son en nuestros días más necesarias que nunca. Es preciso que estemos bien formados para que la palabra que demos sea oportuna”, dice Esperanza Sanabria,

catedrática de la Universidad de Málaga en España, que imparte la asignatura Diálogo Fe-Cultura, impulsada por el obispo de la diócesis, Antonio Dorado (Vida Nueva, nº 2.455, 15 enero de 2005). Es cuestión de querer, de formarse, de atreverse y de tener el apoyo de la autoridad.

En este número CUADERNOS no se pretende dar respuesta a interrogantes tan cargados de sentido como los que mencionábamos más arriba. Hablamos de ellos porque están en el trasfondo de la preocupación de los hombres y las mujeres de fe de hoy en día, que podemos caer en la tentación de mirar con añoranza el pasado e idealizarlo en exceso. Somos herederos de un pasado glorioso, se suele decir. En parte es verdad, si uno lo quiere ver así. Yo pienso más bien que somos herederos de un pasado en el que los jesuitas de otras épocas se esforzaron por responder a los signos de los tiempos que les tocaron vivir, a las preocupaciones de los hombres y mujeres de entonces. Con sus fallos, naturalmente, con sus deficiencias humanas. Pero en conjunto supieron responder al momento. Eso es lo que testimonian los artículos que el lector encontrará en este número. Describen el trabajo de la Compañía de Jesús en los primeros tiempos, y el de los jesuitas en Venezuela a lo largo de la época colonial y sobre todo a lo largo de las últimas nueve décadas de labor en Venezuela, después de haber llegado a establecerse en esta segunda época, a partir de 1916.

El trabajo de Guillermo Beaumont sj. fue escrito hace algunos años para presentar la Compañía de Jesús a jóvenes idealistas y de formación religiosa que podrían pensar en dedicar su vida a responder a la llamada que Jesucristo les hace para seguirle como religiosos jesuitas. Se ha mantenido la estructura y redacción del artículo, actualizando las cifras y algunos datos.

El artículo de Oscar Buroz sj., joven jesuita en etapa de formación, constituye un capítulo dentro de una tesis más amplia, no publicada, que estudia la Compañía de Jesús y su estructura organizativa, con particular referencia a la Provincia de Venezuela.

Por último, el artículo “Pasado y presente de los jesuitas de Venezuela” pertenece al Archivo de la Provincia y fue compuesto originalmente por Luis Ugalde sj. para ser publicado en la Revista

---

Jesuitas de Venezuela, de la que salieron 12 números hasta 1991.  
También ha sido actualizado en cuanto a nombres, cifras y fechas.

Tal vez el lector benevolente quiera aportar nuevos datos y enfoques para un estudio más amplio y profundo sobre la historia de los jesuitas en Venezuela.



*El rey de España los expulsó de sus  
dominios americanos por peligrosos.  
Los 29 diputados hispanoamericanos a  
las Cortes de Cádiz pidieron en 1812  
que “reputándose de la mayor importancia  
para el cultivo de las ciencias y el progreso  
de las misiones, la restauración de los jesuitas  
sea concedida por las Cortes para los reinos  
de América”. La petición fue desestimada.  
En 1916, tras siglo y medio de ausencia,  
pudieron regresar.*

